

de su situación en los antiguos tiempos, cuando estaba en todo su vigor el sistema feudal. Como milagro, sólo explicable por la virtualidad del trabajo y de la honradez, aparece que, á pesar de las contrariedades de que queda hecha ligera mención, adquirieran la industria y el comercio en el trascurso mismo de la Edad media el extraordinario vigor de que hicieron tan patriótico alarde á los comienzos del siglo XVI.

Uno de los acontecimientos, de que con más justo título puede gloriarse nuestro pueblo ante el mundo civilizado, es, sin duda alguna, la heroica resistencia opuesta á la tiranía de los dos primeros reyes de la raza austriaca. Toledo, Burgos, Valladolid, Medina, Segovia y otras y otras poblaciones de Castilla aprestaron numerosos ejércitos, derramaron torrentes de generosa sangre é invertieron cuantiosísimos cuadales en la defensa de los fueros y libertades populares. De las germanías de Valencia dice así el historiador Lafuente:

«Por primera vez se vió en un reino de España constituirse un gobierno de artesanos, un gobierno compuesto de tejedores, carpinteros, tundidores, marineros y pelaires y un ejército formado y mandado por oficiales de taller. El tejedor Guillén Sorolla, el carpintero Estelles, el confitero Juan Caro y el vellustero ó terciopelero Vicente Peris, capitanes generales de las germanías, derrotaron muchas veces las tropas reales y batieron las fuerzas de los nobles mandadas por el Virey, Conde de Melito, por el Duque de Segorbe, el almirante de Aragón, el infante D. Enrique y el marqués de Zenete.»

PEDRO PÉREZ.

(Se continuará.)

CANTARES

POBRE de amor á tu puerta
cada día he de pararme,
para ver si alguna vez
no me dices: ¡Dios te ampare!

Procura que tus bondades
se repitan á menudo;
qué el agua la tierra moja,
pero el sol la seca al punto.

De pechos en la ventana
pido, mirando á los cielos,
que le presten su color
azul á mis pensamientos.

Una falta ¡cuántas penas
á los dos nos ha costado!
¡Y si aquel día volviera
otra vez también pecáramos!

Es locura, y lo comprendo,
la pasión que me devora;
pues si bien te ansio buena,
tan solo te busco hermosa.

Tu luz del cuarto refleja
en el mio tu persona;
y no pudiendo en el cuerpo,
á solas beso tu sombra.

Sembrado está de deseos
el camino de la dicha:
si no se logran, agostan,
y si se obtienen, fastidian.

Como el río al mar va siempre
y nunca al río el mar va,
así á tí van mis suspiros
y á mí los tuyos jamás.

Si el que á hierro mata, á hierro
debe de morir al fin,
lo que á mí amor contestaste
no vuelvas á repetir.

De las playas del desdén
soy la solitaria roca
que las aguas del amor
de día y de noche azotan.

S. T.

APUNTES PARA UNA REVISTA SOCIAL DE ESPAÑA

Si es cierto que las costumbres revelan el estado social de un país, el estado social de España es bastante digno de lástima. Muchas costumbres de nuestro pueblo manifiestan un atraso considerable, y por poco que nos detengamos á reflexionar sobre aquellas, un enjambre de tristísimas reflexiones acude á nuestra mente, y nos sentimos dominados por el desfallecimiento.

¿Qué bases tiene nuestra educación social? ¿Con qué sólidos elementos puede contar para virilizarse y rejuvenecerse? Examinemos todos los grupos sociales de España, y no encontraremos más que mezquinos y deplorables espectáculos. Desde los niños hasta los viejos en nuestro país están dominados por tradicionales preocu-

paciones, por antiguas rutinas que parecen estrecharles en círculos de hierro. El hombre, desde que empieza la vida, no ve en España más que funestos ejemplos, y amolda, por consiguiente, su carácter y sus inclinaciones á ellos.

Damos poca importancia á cosas y acontecimientos que después traen graves consecuencias. Los juegos infantiles y las lecciones que se reciben en las escuelas de primera enseñanza son dos poderosos orígenes de imborrables impresiones que afectan todo el resto de la vida humana. Según que los orígenes sean buenos ó malos, las impresiones son de buena ley ó aviesas, y por lo tanto, la vida general social de un pueblo se resiente notablemente de las ideas y sentimientos de la mayoría de sus individuos. Los niños de hoy serán los ciudadanos de mañana, y aportarán inevitablemente al acervo social todos los elementos recogidos durante su infancia. ¿Cómo, pues, hemos de mirar con indiferencia la educación, la enseñanza y los juegos de los niños? En los prolegómenos de sus relaciones humanas, infundámosles buenos gérmenes y no pretendamos empezar á reformar al hombre cuando es hombre, sino cuando es niño. La cera se amolda fácilmente; el granito no se amolda ya.

Fijémonos en un fenómeno especialísimo que me ha sugerido las anteriores consideraciones. En España, los niños juegan á toros, en Italia juegan al teatro, en Prusia juegan á soldados, en Inglaterra juegan á transacciones, en los Estados-Unidos juegan á plataforma; por esto España ve atestadas de gente sus plazas de toros: por esto Italia es un país artístico-teatral por excelencia, y Prusia la nación eminentemente militar, é Inglaterra la nación mercantil, y los Estados-Unidos la nación eminentemente parlamentaria y política. Las generaciones en cada país van llegando al período álgido con todas las impresiones que recibieron en su infancia, y las leyes y las costumbres reflejan fatalmente aquellas impresiones.

No diré que en España la única distracción de los niños consiste en jugar á toros, no, porque en toda regla hay excepciones; pero sí aseguro que aquella distracción es el juego favorito de la infancia española, si no en todas las provincias, en casi todas ellas. Tampoco en Italia, en Prusia, en Inglaterra y en los Estados-Unidos hay por únicos juegos de niños los que he citado; pero éstos son los más generales.

En España los niños, jugando á toros, aprenden á ser crueles.

Nos quejamos de la falta de sentimiento y educación en nuestro país, y toleramos que esas pobres criaturas den pábulo á los malos instintos naturales. Ni la policía les interrumpe en su juego, ni sus padres se lo prohíben; tal vez no han

recibido ni un consejo en contra de lo que están haciendo.

¿Cuándo llegará el día en que en España no haya corridas de toros? ¿Cuándo no se complacerá nuestro pueblo ante escenas de muerte, ante espectáculos sangrientos? Es una locura pensar que podemos llegar á lo perfecto por lo imperfecto. El hombre que desde la infancia está acostumbrado al mal, no llega nunca al bien.

España es, en verdad, un pobre país; no pobre porque la naturaleza le sea avara, sino porque sus hijos le empobrecen. La naturaleza nos ha brindado, en cambio, sus mejores tesoros, pero nosotros tenemos el desacierto de mearlos ó de rechazarlos. Nos parecemos al pródigo que va gastando su capital sin provecho; aún más, sin experimentar goce alguno. Permanecemos en constante menor edad, y alimentamos la pretensión de creer que hemos alcanzado el colmo de la virilidad y de la energía.

Nuestro estado social dista muchísimo de la perfección á que han de aspirar los pueblos; dista muchísimo aún del estado social en que se encuentran otras naciones. Es preciso confesarlo; seamos, ante todo, francos y leales: por la senda que conduce al ideal, por la senda del progreso no hemos andado más que algunos pasos, y aun éstos vacilando y sin fuerza. Desgraciadamente, Europa no nos contempla aún con asombro, á pesar de la célebre frase de uno de nuestros más notables tribunos.

No nos hagamos ilusiones ni nos ciegue el amor patrio; declaremos nuestra mezquindad y nuestro atraso moral, intelectual y político, y en vez de hacer vano alarde de nuestra hidalguía, que es muy dudosa, de nuestro valor, que para nada sirve, y de nuestro arrojo, que no es más que audacia perjudicial, volvámonos reflexivos é intentemos seriamente por todos los medios nuestra rehabilitación social.

Tiene, en verdad, el carácter español mucho del de D. Quijote; poco conocedores de lo real, de lo humano, nos remontamos á espacios imposibles y á inútiles vaguedades; hablamos siempre de nuestras glorias pasadas, sin advertir que esas glorias, militares todas, nacieron de la violencia y de la fuerza bruta, y nada suponen en el movimiento del progreso moderno y en las tendencias á un porvenir eminentemente humano, racional y sereno; nos dormimos realmente sobre nuestros laureles y miramos casi con desden los prodigiosos adelantos de la ciencia y del arte; vivimos de tradiciones y rutinas, y por toda razón, cuando se nos ataca, exclamamos: «¡Oh, la caballerosidad española! ¡La fé de nuestros mayores! ¡Nuestra proverbial hidalguía! ¡El bravo é indomable león de España!»

Nos parecemos mucho á aquellos nobles que siempre están hablando de sus pergaminos y de su sangre azul, y entre tanto, se arruinan y se pierden entre la ignorancia y el descuido. Hablamos de libertad, es cierto, pero ¿qué hacemos en favor de ella? Creemos que ser liberal consiste en gritar y promover algaradas, en aparentar bravura y ser temible; no pensamos siquiera que la libertad sólo desciende al pueblo que rechaza sus malos hábitos y educa su sentimiento y encauza sus pasiones y practica severamente las altas virtudes políticas y sociales.

Por más que sea dolorosa confesarlo, es preciso convenir en que los extranjeros tienen razón al tratarnos con rigor en sus libros de viajes. Se nota en verdad un gran cambio al entrar en España; nuestra ligereza y nuestro desorden se manifiestan en todo. Cualquiera español imparcial ó ilustrado, sobre todo imparcial por poco que haya viajado, advierte el descenso en que se encuentra España respecto á la mayor parte de las naciones europeas.

Nuestra pretensión es muy rara. Queremos que los escritores extranjeros digan y pinten lo que no ven. Corrijámonos, hagamos algo para levantarnos ante la opinión general, y se hablará bien de nosotros, es decir, se nos hará justicia.

Entiéndase que no falta sólo la ilustración en España; falta también, y principalmente, la educación. Insisto en esto, porque es preferible á todo pueblo estar educado á ser instruido, pues esta no es más que condición accidental, y aquella es condición esencialísima. Bueno es, muy bueno que la educación y la instrucción se hermanen, pero de faltar la primera cualidad, se originan gravísimos males, y de faltar la segunda, mientras exista la primera, los males son mucho menores. Educado está un pueblo cuando no se vende en el sufragio; cuando no es posible que se le tiranice; cuando nombra con conciencia á sus representantes; cuando rechaza unánime los vicios que le afeinan ó le degradan; cuando practica las leyes que sus directos representantes le imponen, es decir, las leyes que él mismo se impone; cuando es enemigo de algaradas y trastornos; cuando no se entrega al primer recién venido que le halaga; cuando realiza cada ciudadano en su esfera las reformas que desea para su patria; cuando al niño le inculcan, padres y maestros, las verdaderas máximas que han de constituir su personalidad social; cuando, en vez de aspirar en masa á la empleomanía, cultiva la tierra, único sitio de donde puede sacar su sustento y cuanto le ayude á satisfacer sus necesidades; cuando no se deja seducir por vanas palabras, sino por saludables ideas; cuando rechaza ese cúmulo de preocupaciones, que estorban la marcha hácia el progreso;

cuando cada uno respeta los derechos de los demás, como quiere que le respeten los propios; cuando, en fin, á la palabra *individuo*, sustituye siempre, socialmente hablando, la palabra *colectividad*.

¿Sucede todo esto en España? No, no sucede; no quiero decir que España sea mala; nuestro pueblo tiene buenos sentimientos, tiene nobles arranques, pero no los utiliza, no los encauza, no los dirige, y todo porque no está educado. De este mal surgen todos nuestros males. Nos faltan la reflexión, el orden, el trabajo. Hasta la misma naturaleza, tan bella, tan pródiga en nuestro país, parece resentirse de nuestros defectos. Ella intenta ser bella y rica, pero los hombres la afean y la empobrecen. ¡Oh, si otros pueblos poseyesen nuestro suelo! En cambio nosotros, hemos despojado de árboles y de galas casi toda España, y á excepción de las costas, lo demás parece un tristísimo desierto. Atravesad las dos Castillas, y apenas encontrareis más que montañas de tierra agrietada y seca, y Aragón tiene vastas llanuras en donde no asoma ni la silueta de una yerba. El sol ha calcinado la tierra, y en verano se producen en todos esos desiertos, constantemente tostados, vientos realmente abrasadores que parecen haber nacido en el interior del África. Nada templa los rayos del sol; no hay obstáculo que se oponga á las oleadas de luz y de calor. ¡Ah! ¿por qué ese afán? ¿Por qué esa insistencia en arrancar árboles? ¿Por qué de la hermosa España hemos hecho un espantoso cadáver? En algunas provincias existe verdadero encarnizamiento contra los árboles; no se ha respetado su frondosidad, ni su gallardía, ni su vejez; los seculares bosques han caído á los golpes del hacha, y la luz ha visitado sitios en donde la sombra había dominado por siglos y siglos. Con los árboles han desaparecido enjambres de pájaros que llenaban de armonía y de vida el espacio y exterminaban los insectos, enemigos de las plantas. ¿A qué arrancar los árboles? ¿Lograis algún bien arrancándolos? No, y en cambio producís mucho mal. Los árboles contribuyen no solamente á la hermosura del suelo, sino también á la salud del pueblo. Harto sabido es que despiden continuos efluvios de oxígeno, que tanto necesitamos, y absorben el carbono que expelemos; sabido es también que templan los rayos del sol en verano y detienen los fuertes vientos en invierno, dejando aparte, que con sus frutos, sus ramas y hasta con su hojarasca, son fuente inagotable de riqueza. A pesar de tantas reconocidas ventajas, el encarnizamiento contra los árboles dura todavía y no lleva trazas de concluir.

Uno de los principales signos de la seria educación de un pueblo es el amor á la naturaleza, y

del amor á la naturaleza nace inmediatamente el amor á los árboles. De un detalle que parece insignificante se deducen á veces consecuencias gravísimas.

En todos terrenos, ya físicos, ya morales, vereis en nuestro país huellas de lamentable atraso. No es solo la agricultura, no son solo la industria y el comercio los que quedan estacionados y decaídos; en nuestras costumbres públicas existe también el decaimiento más espantoso.

¡Ah, sí! estamos en tan mala disposición, que en nuestro país más probabilidades de figurar tiene el aventurero que el hombre de talento, y más logra el audaz que el virtuoso.

No queramos pasar por mejores de lo que somos; si anhelamos reformas, reformémonos; el estado de la nación es fatal reflejo del estado individual. Seamos un pueblo serio y esforcémonos en representar á los ojos de Europa algo más de lo que representamos.

J. MARTÍ FOLGUERA.

DEFINICIÓN DEL SOL

Si sols l'atracció dels sers
Causa 'l que se 'n diu amor,
Lo sol vindrá á sé, un gran cor,
Lo gran cor del univers.

ISIDORO FRIAS.

LA OJIVA

No sé qué algo puro y misterioso me inspira el goticismo. Parece imposible que de aquel abismo de la Edad Media, de aquella dureza de costumbres, de aquella desordenada continuidad de tremendas luchas, surgiera la escultura gótica tan delicadamente bella. Bien es verdad que de la escarpada y espantosa roca, nace el puro arroyuelo, y de la enredada maleza, el tierno capullo.

En cuanto á la *catedral gótica*, confieso que pocos monumentos humanos me han causado tan profunda y poética impresión como la que aquella me causa. La luz que atraviesa por las ojivas y se convierte en columnas transversales en donde palpitan todos los colores del iris, me parece algo extraordinario, celeste. ¡Cuán misteriosamente bellas son las imágenes y las columnas que de trecho en trecho aparecen bañadas en aquellas franjas luminosas que descienden de los vidrios de color de las ventanas ojivales!

La catedral posee cierta austeridad, cierta gran-

neza que imponen y despiertan el sentimiento religioso. Cuando se la contempla, y más si es en la soledad y poco antes de la noche, se siente en el corazón palpitar el misticismo cristiano. La religión de Jesucristo no podía encontrar forma más adecuada á su doctrina que el monumento gótico. Es más solemne que el Parthenon más bello que el estilo dórico, más delicado que el bizantino, y posee aquella severidad, aquella grandeza indescriptibles de que carecen los otros sistemas arquitectónicos. La catedral gótica es la poesía más espiritual espresada por la materia inerte, es la majestad que deja de ser abstracta y se traslada á la forma.

¿Qué otro mejor monumento que el gótico podría espresar el sentimiento cristiano? La arquitectura griega es demasiado florida y terrenal; el hombre cristiano no encuentra en ella algo que esté en armonía con la aspiración al cielo; la arquitectura árabe tiene de fantástica lo que le falta de elevada y pura, y el hombre al contemplarla piensa solo en placeres materiales; falta más, muchísimo más; la arquitectura bizantina ya es más pura que las anteriores, pero el hombre cristiano no puede todavía remontar su deseo infinito, que tropieza en el arco, resbala por él y vuelve al suelo; falta más, ¿qué falta? la ojiva; entonces la aspiración al cielo, el ansia al infinito, no tropieza porque no encuentra arco, encuentra punta y por lo tanto no vuelve á la tierra, sube, sube, se desprende de este pobre mundo y llega á las regiones superiores. Por el arco se levanta, pero se vuelve á la tierra; dada la punta, no hay más que un camino: hácia arriba.

¿No os habeis impresionado vivamente al entrar en algún templo gótico durante las últimas horas de la tarde, mientras el sol desciende con lentitud al ocaso, y los rayos penetran con languidez por las ojivas, no pudiendo colorear sino los contornos de las innumerables sombras que divagan por la espaciosa bóveda? La luz que va perdiendo en intensidad lo que cobrando en idealismo, parece llevarse consigo al cielo las oraciones que durante el día han llenado el ambiente del templo; el silencio de la naturaleza presta más severidad al silencio del sagrado recinto, y el alma tiende á volar con el sol á la inmensidad.

El sistema de arquitectura árabe es demasiado terrenal y lascivo; es el símbolo de las pasiones, en contraposición del monumento gótico, que es el símbolo de la esperanza. El primero necesita para brillar en toda su magnificencia, los ardores, el esplendor del sol del mediodía; el segundo se aviene más con la luz ideal, purísima y delicada de la luna; aquel necesita el fausto, la ostentación, el ruido, la música, la algazara, la orgía; éste necesita la austeridad, el silencio, el recogimiento,